



La luz que acompaña

Hay luces que no iluminan el mundo entero, pero hacen posible seguir caminando

En un valle silencioso, donde el viento parecía conocer los secretos de la tierra, vivía una pequeña lámpara de barro. Había sido moldeada con manos pacientes y colocada junto al camino principal, aunque nadie recordaba ya cuándo ni por qué. Su luz era tenue, cálida, casi imperceptible durante el día.

La lámpara pasaba las horas observando. Veía a los viajeros caminar con prisa, buscando destinos lejanos, y por las noches alzaba su mirada hacia el cielo. Las estrellas brillaban con una fuerza que le parecía inalcanzable. En su quietud, la lámpara llegó a pensar que su existencia era innecesaria, que una luz tan modesta no podía tener verdadero valor.

Una noche, el valle despertó cubierto por una niebla espesa. No era una niebla común: parecía envolver también los pensamientos, llenando de dudas a quienes intentaban avanzar. Los caminos se desdibujaron y los viajeros comenzaron a detenerse, inseguros, temerosos de dar un paso en falso.

La lámpara sintió algo nuevo. No fue una orden ni una certeza, sino un impulso sereno. Sin esperar reconocimiento, encendió su llama. La luz no atravesó toda la niebla, no disipó el miedo del valle entero, pero creó un pequeño círculo de claridad. Solo lo suficiente para ver el suelo, solo lo necesario para dar un paso más.

Uno de los viajeros se acercó, luego otro. Cada persona encontraba en esa luz un punto de apoyo, una referencia silenciosa. Nadie se quedaba mucho tiempo; la lámpara no retenía,

solo acompañaba. Cuando cada viajero recuperaba la confianza, continuaba su camino.

Con el paso de las horas, la niebla comenzó a retirarse lentamente. El valle volvió a mostrarse tal como era, y el cielo recuperó su nitidez. La lámpara permaneció en su lugar, con la llama ya apagada, sin sentirse agotada.

Entonces comprendió algo esencial: no había sido creada para competir con las estrellas ni para iluminarlo todo. Su propósito era otro, más íntimo y más verdadero. Existía para estar presente cuando la claridad faltaba, para sostener el siguiente paso cuando el camino parecía perderse.

Desde ese día, la lámpara dejó de medir su luz. Aprendió a habitar su silencio y a encenderse solo cuando era necesario. Porque toda luz auténtica, por pequeña que sea, transforma el mundo cercano cuando nace de la paciencia y del sentido.

© 2026 Marie Pouvet®

Todos los derechos reservados

Arte con IA | Prompt y composición por:

Marie Pouvet®